

SENTIDO Y RECONCILIACIÓN

M^a Ángeles NOBLEJAS DE LA FLOR

Resumen

Se aborda el concepto de reconciliación en el pensamiento de Viktor Frankl. El uso principal y generalizado del término está vinculado a la armonización de las diferentes dimensiones del ser humano, en especial, ante la confrontación con un sufrimiento inevitable.

La reconciliación con un destino adverso requiere la vivencia de valores actitudinales. La logoterapia nos ayuda a tal reconciliación favoreciendo un autoconocimiento humilde, una aceptación esperanzada y una trascendencia desde la pasión.

También se presenta el testimonio de Viktor Frankl en su vivencia de reconciliación y perdón.

Abstract

Meaning and reconciliation

The concept of reconciliation in the thinking of Viktor Frankl is addressed. The main and widespread use of the term is linked to the harmonization of the different dimensions of the human being, especially facing inevitable suffering.

Reconciliation with an adverse destiny requires the experience of attitudinal values. Logotherapy helps us with this reconciliation by favoring humble self-knowledge, hopeful acceptance and transcendence from passion.

The testimony of Viktor Frankl in his experience of reconciliation and forgiveness is also presented.

Palabras clave: Reconciliación. Destino. Valores actitudinales. Humildad. Aceptación. Trascendencia.

Key words: Reconciliation. Destiny. Attitudinal values. Humility. Acceptance. Transcendence.

Introducción

Partimos de una definición sucinta de los términos *sentido* y *reconciliación*, para irnos introduciendo en la reflexión sobre la íntima relación que encontramos entre ambos, al considerar la teoría y práctica logoterapéutica.

Para situarnos en la concepción de sentido en la antropología frankliana, contamos con toda la obra del fundador de la logoterapia. En esta definición inicial de nuestra reflexión, queremos remitirnos a una aproximación práctica, experiencial, de cómo podemos concebir el sentido desde Viktor Frankl.

Aludimos, así, al sentido como la llamada que hace la vida a cada persona, en la particularidad de su existencia, en cada situación, en cada momento único e irrepetible en que se encuentra. Incluye tanto lo de afuera como lo que esto provoca en la interioridad de la persona, para ser vivido, realizado, aportándole la experiencia de satisfacción o alegría interior, sentimiento de logro interior, una plenitud existencial.

Para considerar el término reconciliación, vamos a acudir en un primer momento a su etimología.

La palabra reconciliar viene del latín *reconciliare*, que se forma con el prefijo re- (en la acepción de repetición) y el verbo *conciliare*, vinculado al sustantivo *concilium* (asamblea, reunión, unión). El vocablo *concilium*, tiene el prefijo con- (conjuntamente)

y la raíz del verbo *calare*, que significa llamar o convocar, de modo que *concilium* está referido a una convocatoria conjunta. Es así como *reconciliare*, en origen, significa *llamada para volver a la unión, al acuerdo, a reunirse*.

En el diccionario de la Real Academia (rae.es) se define como “volver a las amistades, o atraer y acordar los ánimos desunidos”.

En la obra de Frankl, encontramos este uso habitual del término solo en determinadas ocasiones, fundamentalmente dentro de la presentación de historias de vida, haciendo referencia a volver a estar unidos, restaurar una relación o un vínculo con una persona (padre, cónyuge, amigo...). Sin embargo, el uso principal y generalizado del término reconciliación está vinculado a la armonización de las diferentes dimensiones del ser humano, en especial, ante la confrontación con un sufrimiento inevitable.

La reconciliación con un destino adverso

La armonización de las diferentes dimensiones del ser humano implica una articulación e integración interactiva de las mismas en una unidad. Una dimensión superior, en el sentido de más abarcativa, con mayor posibilidad de libertad, incluye, integra, una inferior. Los términos *superior* e *inferior* no son términos valorativos, sino que indican mayor o menor comprensividad. Así, una dimensión superior es comprensiva de una inferior (la incluye), *eliminándola* y *guardándola* simultáneamente.

Ante un destino de sufrimiento inevitable, la reconciliación conlleva una aceptación serena y digna en relación con el acontecimiento doloroso que no podemos modificar, ya sea una afección del organismo psicofísico, una condición social, un trauma producido

por el azar de la vida, etc; aceptarlo como algo frente a lo cual lo importante es cómo nos sostenemos, cómo lo soportamos, cómo padecemos el propio sufrimiento.

Es por ello que Viktor Frankl (2011) nos dirá: “No es tarea menor de la psiquiatría provocar reconciliación y dar consuelo: el hombre debe reconciliarse con su finitud, y ha de hacerse capaz de hacer frente a la transitoriedad de su vida” (p. 48).

Precisamente, en muchas situaciones de enfermedad mental es la lucha constante e infructuosa contra esos estados *fatales* lo que produce una depresión acentuada y/o un agravamiento de los síntomas. Por el contrario, al saber aceptar *pacientemente* los estados y manifestaciones patológicas a que se ve inevitablemente sujeta la persona, los puede ignorar con mayor facilidad y está en mejores condiciones para sobreponerse a ellos. Es en la forma de una reconciliación con el destino que la enfermedad representa, como mejor se logra la posible libre actitud espiritual ante aquello que en ninguna medida podemos evitar.

Es paradigmático el siguiente ejemplo que encontramos en la obra *Psicoanálisis y existencialismo* (Frankl, 2011, p. 143):

“Una paciente que venía sufriendo, desde hacía varios decenios, agudísimas alucinaciones acústicas, que escuchaba o creía escuchar constantemente voces espantosas, acompañando con sarcásticas burlas todos sus actos y omisiones; se le preguntó un día cómo, a pesar de eso, estaba siempre de tan buen humor y qué era lo que tenía que decir a aquellas voces. He aquí su respuesta: ‘¿Sabéis lo que pienso de todo esto? Que es mejor, después de todo, escuchar estas voces, por desagradables que sean, que no estar sorda como una tapia’. ¡Cuánto arte de vivir y cuánto esfuerzo (en el sentido de los valores de actitud) hay detrás de esta conducta de una persona sencilla ante el espantoso destino que supone ese

atormentador síntoma esquizofrénico! Pero ¿acaso esta respuesta tan divertida como inteligentísima de la paciente a que nos referimos no encierra, al mismo tiempo, una gran libertad de espíritu frente a una enfermedad mental? No cabe duda de que sí”.

Frente a una psicosis, la confrontación de la persona espiritual con su situación de enfermar no debe realizarse en el sentido de *hacer frente*. Esta confrontación tiende más a una reconciliación. No se trata de una postura terapéutica fatalista, sino todo lo contrario. Se orienta a reducir lo patológico a un mínimo posible ineludible a través del reconocimiento de lo espiritual como dimensión inalienable. A pesar de su limitación de expresión, de manifestación de lo personal, y de permanecer sufriente por ello, es posible una toma de postura, una actitud adecuada que posibilita una vida más saludable a pesar de la fatalidad.

También ante los procesos neuróticos es necesaria una reconciliación con aquello que se ha desencadenado y nos ha sobrevenido, para poder encontrar la actitud necesaria para nuestro mejor desenvolvimiento en la vida.

Por ejemplo, una persona con una compulsión de lavarse las manos tan frecuentemente y con tanta fuerza que llegaba a producirse heridas, por una bacteriofobia, con la aplicación de la intención paradójica comenzó a disminuir su compulsión y su fobia. Ello fue posible al *dejar de luchar contra las bacterias y ofrecerles sus manos como caldo de cultivo en el que vivir felizmente para siempre*.

Asimismo, ante el sufrimiento que padecemos por un destino adverso inevitable, como impedimentos causados por accidentes, fenómenos de la naturaleza, pérdidas de seres queridos, situaciones sociales, etc., el camino para trascender la situación también pasa por la reconciliación personal con el acontecimiento doloroso a través de una nueva actitud hacia el mismo.

Por ejemplo, tras un accidente de coche que le produce una tetraplejia, un joven de 20 años decide optimizar cualquier capacidad de movimiento que pudieran conservar sus extremidades y con esfuerzo personal a través de los años, consigue comer con autonomía. También logra tener control de esfínter anal aprendiendo a reconocer las sensaciones de su cuerpo y a darse golpecitos en el abdomen de forma que estimulaba los movimientos peristálticos. Consiguió tener un coche adaptado (aún llorando, por el esfuerzo, la primera vez que se subió). Pudo acceder a un trabajo... Señala que encontró una nueva forma de vivir cuando aceptó que tenía que despedirse de su vida anterior y buscar otras posibilidades. Se reconcilió con su destino; articuló de manera diferente todas sus dimensiones, desde su decisión y la búsqueda de los sentidos concretos de su vida en una nueva situación, y continuó construyendo su futuro.

Vemos, en las historias de vida de las personas concretas, que el ser humano tiene la capacidad de determinar la propia actitud ante la enfermedad o cualquier otra situación impuesta. Existen diferentes posibilidades actitudinales a tomar (cfr. Frankl, 1987, *Noblejas de la Flor*, 2000):

- a) Pasividad incorrecta: sumisión a la enfermedad o situación (dejarse llevar por ella). Una forma mitigada es la actitud vital fatalista (*no se puede hacer nada*).
- b) Actividad incorrecta: intentar cambiar el *destino* (buscar algo imposible).
- c) Actividad correcta: aceptar el destino y enfrentarse dignamente con él.
- d) Pasividad correcta: aprender a ignorar el destino en lugar de luchar en vano con él.

Las actitudes correctas ponen de manifiesto esa reconciliación necesaria con el destino. Es decir, es a partir de esta reconciliación cuando se comienza a perfilar la posibilidad de realizar valores en la actitud frente a tal destino, en la aceptación serena, en el sufri-

miento recto, digno (erguido). Es a través de estos valores, que denominamos actitudinales, que el ser humano cuenta con las posibilidades de valor más elevadas.

Los valores de actitud suponen un movimiento personal interior, íntimo, que nos conduce a un cambio en nuestra forma de ver y experimentar la realidad y también a nosotros mismos y a los demás. Es una transformación que no es nada fácil porque nuestros esquemas mentales y nuestros hábitos son, generalmente, otros: los que nos llevan a definir las cosas y a nosotros mismos por lo que falta y no por lo que se tiene, los que buscan una vida instalada en certezas, seguridades, éxitos, poderío..., frente a la aceptación de la incertidumbre y la limitación, con disposición de búsqueda de orientación y respuestas, en definitiva, de búsqueda de sentido.

Valores de actitud y sentido

Para realizar los valores actitudinales ante un destino adverso es necesaria la capacidad de sufrimiento, pero el ser humano no nace con esta capacidad (no es innata), sino que debe adquirirla por sí mismo. Esta capacidad consiste en un dominio interno -con renuncia a la configuración externa- con que cada uno va *autoconfigurándose*. El afrontar un sufrimiento inevitable con dignidad se convierte en un acto valioso.

No es necesario situarnos en situaciones extraordinarias y respuestas excepcionales para reconocer este valor en las respuestas de las personas en la vida cotidiana. Así, conductas tan sencillas y habituales, como ignorar el propio cansancio, dolor o angustia para permanecer al pie de la cama de un hospital cuando un ser querido está grave o levantarse del asiento a pesar de las limitaciones físicas de una edad avanzada como gesto de respeto y amor profundo ante el responso que se reza ante el ataúd del esposo muerto, despiertan

en quienes lo observan un sentimiento de reconocimiento de la grandeza y dignidad personal que muestran esos comportamientos. ¡Cuánto más amplio es ese reconocimiento cuando conocemos historias de vida que nos ponen de manifiesto una gran capacidad de resiliencia en condiciones de pobreza y exclusión, de lucha solidaria...!

Nos muestran una llamada a decir siempre *sí a la vida a pesar de todo su aspecto trágico*, a saber, que es posible encontrar sentido en la vida a pesar de las adversidades, que todos los seres humanos podemos poner en marcha diversos recursos interiores de orden psíquico y espiritual pues contamos con fortalezas y potencialidades para desarrollarnos y que en toda vida se ponen de manifiesto situaciones de dificultad con las que podemos aprender y crecer. Pero el desarrollo de tal oportunidad solo es posible cuando la persona descubre un sentido concreto que se destaca como el indicado dentro del conjunto de posibilidades.

Desde la logoterapia, los valores de actitud constituyen la ruta que nos aporta la oportunidad de realizar el sentido en su dimensión más honda. El factor decisivo es la persona, la postura personal frente a lo que le acontece, ya sea una posición natural, biopsicológica, o una situación social. Es en esta dirección de cambio personal en la que trabaja, fundamentalmente, la logoterapia. De ese modo podemos decir que la logoterapia no aborda las primeras causas del sufrimiento, sino la última. En palabras de Frankl (1987, p. 184):

“No se preocupa [la logoterapia] de causas aparentes, como son las condiciones, sino de la verdadera causa de un sufrimiento. Pero esta verdadera causa se encuentra en la persona misma del paciente, que adopta una postura frente a todas las ‘condiciones’ (internas y externas), y a ella recurre y apela la logoterapia como instancia última, la que tiene la última palabra, la decisiva. La logoterapia constituye en

cierto modo ‘la’ terapia causal: la única que tiene en cuenta la ‘causa’ última y verdadera en su campo de acción”.

Tendiendo puentes de reconciliación desde la logoterapia: humilde auto/ conocimiento, esperanzada aceptación y cordial trascendencia

Reconciliarnos con el destino es liberarnos de una carga, quitarnos un lastre que nos impide vivir nuestra vida en el presente y con proyección de futuro. No es conformismo, sino dejar espacio a lo espiritual para poder desenvolvernos en la vida a través de la realización de lo que nos es significativo.

Es alejarnos de una concepción determinista, de nosotros mismos y de la historia, que nos atrapa, en la que *no podemos ser de otra manera ni puede ocurrir otra cosa* después de lo que nos ha pasado, para vislumbrar la apertura del tiempo a la *posibilidad de ser de otro modo e, incluso, impensado e impensable*.

En definitiva, como hemos apuntado arriba, el camino de la reconciliación pasa por tomar una actitud adecuada ante lo que nos sucede, lo cual está íntimamente relacionado con la percepción experiencial y cognitiva de un sentido a realizar. Esta actitud se va conformando junto con nuestra visión, nuestra aceptación y nuestra libertad y trascendencia, ayudándonos a vivir en lo cotidiano nuestros valores.

Humilde auto/conocimiento

Para tomar la actitud adecuada es necesario conocer nuestra verdadera realidad en sus diferentes dimensiones (tanto nuestros condicionamientos y limitaciones como nuestras posibilidades), así como nuestra búsqueda interior más profunda, cuál es la necesidad

fundamental en mi existencia actual, qué busco como la persona que soy y que puedo llegar a ser.

Es decir, se necesita tomar conciencia del ser que somos, de nuestra limitación y de nuestra libertad, nuestra capacidad de tomar postura de lo que nos sucede (no me identifico con mis condicionamientos, no soy mis condicionamientos) y de descubrir lo que realmente anhelamos.

Desde la logoterapia, el autoconocimiento tiene como objetivo introducir una visión de *la vida* y de *mi vida*, que aumente el sentimiento de lo que es digno vivir (cfr. Lukas, 2003) en cada circunstancia. La logoterapia interviene ayudando a las personas a redefinir y redefinirse (Lukas, 2006); no trata de restablecer a cualquier precio la salud psíquica, sino de regenerar un afecto por la vida y una predisposición natural a las acciones llenas de sentido (Acevedo, 1998).

Nuestro conocimiento auténtico favorece una visión intrínsecamente unida a la ética personal y que nos interpela en relación con nuestro vivir cotidiano, con nuestro estilo de vida. A ello se dirige la logoterapia como metaclínica; está orientada a promover, en el día a día, una saludable acción de las personas, como seres que desean encontrar su auténtica verdad (cfr. Noblejas de la Flor, 2018).

En las situaciones de sufrimiento, el ser humano se encuentra, en mayor medida, con un conocimiento más profundo de sí mismo, de sus limitaciones y posibilidades, de su pequeñez (¡cuán frecuente es escuchar en un velatorio: *qué poco somos!*), y su grandeza (¡*nunca hubiera imaginado que tendría tanta fuerza para sobrellevar esta situación!*); experimenta el verdadero lugar que ocupa en el cosmos.

Significativas son las palabras de Ernesto Sabato (1996, p. 163):

“Pensé: qué admirable es a pesar de todo el hombre, esa cosa tan pequeña y transitoria, tan reiteradamente aplastada por terremotos y guerras, tan cruelmente puesta a prueba por los incendios y naufragios y pestes y muertes de hijos y padres. (...) Algo le susurra que a pesar de todo es libre o puede serlo (...). Lo admirable es que el hombre siga luchando a pesar de todo y que, desilusionado o triste, cansado o enfermo, siga trazando caminos, arando la tierra, luchando contra los elementos, y hasta creando obras de belleza en un mundo bárbaro y hostil. Esto debería bastar para probarnos que el mundo tiene algún misterioso sentido y para convencernos de que, aunque mortales y perversos, los hombres podemos alcanzar de algún modo la grandeza y la eternidad”.

Para esta toma de conciencia, es necesaria una actitud de autenticidad, que nos aleje de nuestras máscaras, del personaje que queremos representar en nuestra vida, de la imagen idealizada de nosotros mismos que busca la omnipotencia y la perfección exitosa. Ser auténticos al vivir nuestra finitud, temporalidad y precariedad, pero también nuestra conciencia de infinitud, de absoluto..., al asumir nuestras paradojas existenciales.

Hemos de acoger la virtud de la humildad, que nos hacer ser realmente justos con nosotros mismos, que ve con claridad la realidad de quiénes somos y cuál es nuestra necesidad profunda, nuestras búsquedas interiores. El verdadero realismo es el que nos lleva más allá de lo que en un determinado momento somos y vivimos; nos ayuda a trascender, desde nuestra situación actual, hacia el sentido que ya está moviéndonos internamente, al tiempo que necesita ser puesto por obra con nuestra actuación.

La humildad, cuando es auténtica, constituye un signo de fortaleza interior tan respetable como el coraje; nos lleva a admitir nuestra impotencia ante lo que nos pasa, a comprender que no podemos evitar ese destino tan duro que ha llegado con una acción, con un hecho..., sino que solo tiene cabida una actitud adecuada.

Esperanzada aceptación

Los movimientos de una saludable actitud ante un destino adverso requieren, junto con el conocimiento realista de la situación, no situarse en la pregunta estéril del *por qué* o en la lucha infructuosa contra lo acontecido, sino posicionarse en una espera paciente y confiada.

Parafraseando a Frankl (2014), es la aceptación de la limitación, el sostener en nuestros hombros el peso de la incompletud, una *condición previa de la salud mental y del progreso humano*, mientras que la incapacidad de aceptarla es una *característica de la personalidad neurótica*.

Esta aceptación es una sana pasividad, una actitud paciente que nos lleva a aguardar a que la nube que oscurece el horizonte vital y la vivencia de valores se atenúe y/o pase para permitir de nuevo una clara y activadora percepción de aquello que está esperando ser realizado por nosotros y que siempre existe. Nos ayuda a poder abrazar el dolor, sumergiéndonos en él, si bien de forma forcejeante, para no sucumbir, sino atravesarlo, apoyados en la confianza en un sentido incondicional presente en la vida, en todo momento. Es aceptación atravesada por la esperanza, que nos ayuda a aprender que la vida no nos adeuda placer, sino que nos ofrece sentido.

Cuando el ser humano va perdiendo la esperanza ante un sufrimiento, comienza a tomar fuerza el camino de la desesperación

y si llega a perder totalmente la esperanza, se va dejando morir. Eso lo pone de manifiesto Viktor Frankl (1979, 1987), desde su experiencia en los campos de concentración, al describir cómo cuando el interno perdía totalmente la esperanza, *sacaba su último cigarrillo, no se levantaba para ir a formar a la plaza...* y todos los compañeros sabían que *iba a morir* en pocos días.

Existir solo es posible cuando se realiza en esperanza, en el deseo y en la búsqueda confiada de lograr lo que se espera (aún lo impensable). Una esperanza realista, aquella que “se alimenta hoy de pequeños signos visibles, de los cuales resultará mañana lo todavía no visible” (Díaz, 2002, p. 14-15), nos ayuda a centrar la atención en las fuerzas y el potencial humano a fortalecer. La esperanza nos hace experimentar la llamada que nos hace la vida y nos encamina a dar la respuesta que solo nosotros podemos realizar, a comprometernos con el sentido descubierto.

Cordial trascendencia o trascendencia desde la pasión

El movimiento de la dimensión espiritual que acompaña y suplementa el autoconocimiento y la aceptación es la trascendencia del sí mismo hacia el sentido, hacia el Logos.

La palabra trascendencia (*transcendere*, sobrepasar) indica *sobrepasamiento del límite*. Es un movimiento que realizamos continuamente de ir más allá de nosotros mismos, de sobrepasarnos a nosotros mismos; es el modo y manera del trascender, un acontecimiento dinámico en el que desarrollándome me sobrepaso (Cfr. Díaz, 2011). Es la única forma en que puedo existir, en que me puedo realizar. Es el dinamismo de ser siendo para llegar a ser en el mundo con los demás. En otras palabras, la experiencia de la trascendencia pone de manifiesto la identidad de la persona.

Parafraseando a Pascal (1981), podemos decir que *el hombre sobrepasa infinitamente al hombre*. Somos seres orientados hacia lo infinito, vivimos, pensamos y actuamos hacia un horizonte, hacia el sentido.

El sentido es lo que capacita al ser humano para afrontar el sufrimiento con dignidad. Es lo que le da la fortaleza, desde el compromiso que siente en relación con su cumplimiento. En esta trascendencia, el sufrimiento se torna en donación a los otros y en crecimiento personal y profundidad existencial.

La trascendencia solo es posible desde la calidez de un corazón sintiente, apasionado, con una pasión capaz de sumergir el propio dolor en la corriente del dolor general que en todo tiempo recorre la historia y también capaz de anhelar una realidad valiosa que espera alcanzar y que su corazón quiere en verdad, un sentido que lo atrae en su autenticidad.

Es una trascendencia que nos mueve a perseverar, a dar de nosotros mismos todo lo que podemos para continuar nuestro camino y lograr el bien deseado. Gracias a esta postura de constancia y donación, desarrollamos cualidades incluso no percibidas anteriormente, crecemos. Descubrimos, también, que ampliamos nuestra capacidad para ser libres. Reorganizamos nuestros valores y apreciamos la vida mucho más. Nuestro corazón comprende y siente con mayor delicadeza la necesidad del otro.

Es la respuesta a la desesperación, a la experiencia de angustia y abismo en situaciones de lo que comúnmente se entiende como fracaso personal. Lo podemos ver, por ejemplo, en la siguiente carta escrita a Viktor Frankl y que éste conservaba *como un tesoro*, por ser *un documento testimonial de humanidad*:

“Querido Dr. Frankl:

Durante estos meses, un grupo de reclusos hemos estado compartiendo sus libros y sus cassettes. Sí, uno de los mayores sentidos que tenemos el privilegio de experimentar es el del sufrimiento. Acabo de empezar a vivir y ¡qué glorioso sentimiento supone! Me encuentro constantemente conmovido por las lágrimas de mis hermanos en nuestro grupo, cuando se dan cuenta de que están hallando ahora un sentido a sus vidas que jamás pensaron era posible encontrar. Los cambios son auténticamente milagrosos. Vidas que antes carecían de esperanza, sumidas en el desamparo, poseen ahora un sentido. Aquí, en el presidio de máxima seguridad de Florida, a unas 500 yardas de la silla eléctrica, estamos realizando nuestros sueños. Nos hallamos próximos a Navidad, pero la logoterapia ha sido mi mañana de Pascua. Del calvario de Auschwitz ha surgido nuestra aurora de Pascua. De las alambradas de espino y la chimenea de Auschwitz sale el sol... ¡Dios mío, qué nuevo día nos debe estar aguardando!

Suyo afmo., Greg. B.” (Frankl, 2012, p. 45).

Reconciliarse con el otro, convocarnos a la unión

La reconciliación con el otro, al igual que con el destino, también requiere el movimiento de la actitud personal, a través de la ampliación de nuestra mirada y la percepción del sentido que tiene para nosotros modificar la situación vincular existente con ese otro.

La ampliación de la mirada es necesaria, tanto en relación con nosotros mismos (ej., nuestra herida y su porqué), como para conocer el verdadero rostro del otro.

Introducimos en el valor de la reconciliación con los otros, en general, nos llevaría a una labor que excede el presente artículo. Solo nos detendremos en su vinculación con la figura de Viktor Frankl, en su experiencia de compromiso personal en defensa de que no existe una culpa colectiva y en su deseo de construcción de una sola humanidad.

Recordamos la oposición de Frankl ante la culpa colectiva con un fragmento del diálogo que mantuvo con Pinchas Lapide (Frankl y Lapide, 2012, p. 87-88):

“LAPIDE: Esto me recuerda vivamente el discurso conmemorativo, del 25 de marzo de 1949, que usted pronunció por encargo de la Sociedad Vienesa de Médicos en memoria de los miembros fallecidos en los años 1938-1945 -palabras sobre los entonces todavía vivos recuerdos del infierno de Auschwitz- sin ninguna clase de impulso de represalia, de venganza, ni siquiera de resentimiento.

FRANKL: Yo dije entonces: «mi misión es dar testimonio ante ustedes de cómo fueron ultrajados y murieron muchos médicos vieneses; dar testimonio de verdaderos médicos que vivieron y murieron como médicos, que no podían ver ni dejar sufrir a otros, pero supieron sufrir ellos mismos, ofrecer el sufrimiento auténtico, el sufrimiento digno. En sus últimas palabras no había ninguna de odio, sólo palabras de añoranza brotaban de sus labios, y palabras de perdón; pues lo que ellos odiaban, y lo que nosotros odiamos, nunca son los seres humanos. A los hombres hay que saber perdonarlos. Sólo odiaban el sistema, que a unos los llevaba a la culpa y a otros a la muerte. ¿Y no es mejor no excederse en llevar a otros a los tribunales? Por tanto, queremos no sólo recordar a los muertos, sino también perdonar a los vivos. De ese modo tendemos la mano a los muertos más allá de todas las tumbas, más allá de todo odio. Y cuando decimos:

honor a los muertos, queremos añadir: y paz a todos los vivos de buena voluntad”.

Es una experiencia impresionante de reconciliación la que se nos ofrece. Una reconciliación que también transita el perdón, sin el cual no podría darse esa convocatoria a la unidad.

Un movimiento transformador, una acción profunda, íntima, de perdonar, que se realiza porque se reconoce en todo momento el rostro humano del otro a pesar de su barbarie. Se produce, como el propio término significa (*per-* a través de/intensidad/totalidad, *donare* – dar, regalar), mediante una donación completa, un regalo; se otorga generosamente sin que exista un mérito en el otro que me lleve a otorgárselo. Es la condonación libre y liberadora hacia el agresor, de una deuda contraída por el dolor que ha infligido (en origen el verbo perdonar significaba: “regalar definitivamente un acreedor al deudor aquello que le debía”; cfr. <http://etimologias.dechile.net>).

Viktor Frankl ratificó en los campos que cuando la existencia humana no apunta más allá de sí misma, la permanencia en la vida deja de tener sentido, es imposible. Ello es aplicable, por analogía, también a la humanidad. Para su supervivencia ha de contar con un sentido. Pero si la humanidad quiere encontrar un sentido que sea válido para todos y cada uno, debe llegar a creer en la unidad de la humanidad, una unidad por encima de todas las diferencias (color de la piel, nacionalidad, ideología, creencia...), una unidad que incluye y se enriquece con la diversidad.

Conclusiones

El uso principal y generalizado del término reconciliación en la obra de Viktor Frankl está vinculado a la armonización de las diferentes dimensiones del ser humano, en especial ante la confrontación con un destino adverso.

La reconciliación conlleva una aceptación serena y digna en relación con el acontecimiento doloroso que no podemos modificar, ya sea una afección del organismo psicofísico, una condición social o un trauma producido por el azar de la vida... Necesita la vivencia de valores de actitud.

Los valores de actitud suponen un movimiento personal interior, íntimo, que nos conduce a un cambio en nuestra forma de ver y experimentar la realidad, a nosotros mismos y a los demás.

La logoterapia nos ayuda a la reconciliación con el sufrimiento inevitable favoreciendo un autoconocimiento humilde, una aceptación esperanzada y una trascendencia desde la pasión.

Viktor Frankl nos ofrece un testimonio de reconciliación y perdón.

M^a Ángeles NOBLEJAS DE LA FLOR es doctora en pedagogía, terapeuta de orientación rogeriana (FEAP). Miembro fundador y presidenta de la Asociación Española de Logoterapia. Psicopedagoga de la Consejería de Educación, Comunidad de Madrid.

Referencias

Acevedo, G. (1998). *La búsqueda de sentido y su efecto terapéutico*. Buenos Aires: FAL.

Díaz, C. (2002). *Esperanza alegre*. Salamanca: Fundación E. Mounier y SOLITEC.

Díaz, C. (2011). *La logoterapia centrada en la persona*. Madrid: Guillermo Escolar.

Frankl, V.E. (1979). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.

Frankl, V.E. (1987). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.

Frankl, V.E. (2011). *Psicoterapia y existencialismo*. Barcelona: Herder.

Frankl, V.E. (2012). *Psicoterapia y Humanismo*. Barcelona: Herder.

Frankl, V.E. (2014). *La psicoterapia en la práctica clínica*. Barcelona: Herder.

Frankl, V.E. y Lapide, P. (2012). *Búsqueda de Dios y sentido de la vida*. Barcelona: Herder.

Lukas, E. (2003). *Logoterapia. La búsqueda de sentido*. Barcelona: Paidós.

Lukas, E. (2006). *Ganar y perder. La logoterapia y los vínculos emocionales*. Barcelona: Paidós.

Noblejas de la Flor, M.A. (2000). *Palabras para una vida con sentido*. Bilbao: Desclée de Brower.

Noblejas de la Flor, M.A. (2018). *Afinar la conciencia, responder a la vida. Realizando sentidos, formando la conciencia*. *Nous*, 22, 21-37.

Pascal, B. (1981). *Pensamientos*. Madrid: Alianza Editorial.

Sabato, E. (1996). *Obras completas*. Barcelona: Seix Barral.